Año XIII. Enero-Diciembre de 1931. Núms. 46 a 49.

Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Índole y método de la Historia Militar moderna.

INTRODUCCIÓN

No es únicamente un deber de acostumbrada cortesía, sino también un libre impulso cordial, lo que me mueve a manifestaros, Sres. Académicos, con estas primeras palabras, toda mi gratitud por la merced inmerecida que me habéis otorgado al designarme miembro de número de la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Conozco sobradamente que la determinación que tanto me honra se debe de modo exclusivo a vuestra benevolencia. Verdad tan clara que me permite ser lacónico, sin que por ello pierda en intensidad significativa la expresión de mi profundo reconocimiento.

Vivamente deseo—y es grata obligación que me impone vuestra conducta generosa—colaborar, dentro del estrecho cuadro de mis posibilidades, en las tareas de esta Corporación. Pero por grande que fuere mi voluntad, y lo es mucho, estoy firmemente persuadido de que no lograré desarrollar la labor que pudiera exigirse de quien ha de suceder en aquélla al fallecido Académico (que gloria haya), estudioso y notable toledanista, fácil y fecundo escritor, que se llamó en vida D. Juan Moraleda y Esteban.

No conozco sino una mínima parte de sus escritos, pero de ella, del abundantísimo elenco de su producción literaria, de las notas con que nos ha favorecido el Sr. Secretario de esta

Academia, de los datos en la misma existentes y de los apuntes biográficos que sobre el llorado compañero vuestro consigna alguna publicación enciclopédica, pueden inferirse las líneas peculiares de su figura intelectual.

Amante de la prehistoria, de la arqueología, de las diversas manifestaciones folklóricas, artísticas e históricas, fertilísimo autor de folletos, memorias y trabajos periodísticos, en los que trata los asuntos más varios, hubo de ser D. Juan Moraleda un estudioso infatigable y un divulgador entusiasta de las glorias de Toledo, y de su espíritu religioso y popular. Mi escaso conocimiento de las materias a las que tantas vigilias dedicara el finado y notable Académico, y lo no mucho que de su obra he leído, no me permiten enjuiciar racionalmente su labor, sin duda meritísima. Me limito a admirarla, por cuanto tiene de copiosa y de distinta, por cuanto transparenta de elevada pasión. Pasión ennoblecida por la excelencia de su objeto: esta ciudad, mil veces ilustre, cuya particular historia parece tan unida a la de España, que con la de España se engrandece y remonta, y con ella declina y se extenúa.

Y no fueron solamente los campos de la arqueología, de la numismática, de la leyenda, de la historia, del folklore, los que D. Juan Moraleda cultivara en el libro y en el folleto, en la prensa local y en especializadas publicaciones periódicas nacionales y extranjeras. Médico de profesión, incrementó su dilatada labor práctica y humanitaria con la publicación de algunas breves obras médicas que no discordan de sus aficiones toledanistas; estudiando «El Agua en Toledo», «El cólera en Toledo en 1890», historiando los «Médicos y farmacéuticos célebres de Toledo», etcétera.

No sé si habré logrado mi propósito de hacer una breve semblanza espiritual del distinguido Académico, cuya sucesión vuestra benignidad me depara. Si así no fuese, no habrían dejado mis palabras de despertar en vosotros el añorante y preciso recuerdo de las prendas intelectuales y morales que distinguieron a don Juan Moraleda y Esteban, cuya valía exacta vive en vuestros ánimos y no necesita de otro panegírico que su memoria.

Y ahora he de acogerme, Sres. Académicos, al sagrado de vuestra indulgencia. Pues aun cuando el Instituto de esta Corporación se dirija preferentemente al estudio, defensa, ilustración y divulgación del arte y de la historia de Toledo y su provincia,

me atendré a la generalidad—también por reglamento admitida—de las manifestaciones históricas para exponer a vuestra consideración el siguiente modesto trabajo, cuyo merecimiento, si alguno tuviere, no radica sino en su relativa novedad, ya que, sobre un sujeto semejante, no existen en España, que conozcamos, más que dos estudios: uno, que apareció con periodicidad en «La Guerra y su preparación», autorizado por la Sección Histórica del Depósito Geográfico e Histórico del Ejército; otro, contenido en algunos capítulos de un penetrante volumen, no ha mucho publicado por el Comandante de Estado Mayor Sr. Fernández de Rota, con el título detonante y expresivo de «Belicología».

I

La evolución de la Historia Militar.

Es indiscutible que la Historia Militar se manifiesta hoy con rasgos propios y caracteres peculiarísimos que la distinguen y la especifican entre el infinito fondo genérico de la Historia; que por su contenido y por su tendencia constituye, en nuestro tiempo, una modalidad historiográfica perfectamente determinada.

Y es no menos indudable que la presente condición de la Historia Militar es el producto de un concepto histórico-científico de un lado, doctrinal de otro, que en los pasados siglos no existió.

Esto sentado, y puesto que el actual valor de la Historia toda tiene un matiz de relatividad, en cuanto el parangón retrospectivo la exalta y justiprecia, parece que para exponer con alguna precisión las características de la moderna Historia Militar, no es inoportuno—antes bien, precedente utilísimo—diseñar a la ligera su evolución. Evolución de escasa temporalidad, como que positivamente no se remonta sino a poco más de una centuria.

Afirmación que no importa, claro es, la de la inexistencia de la Historia Militar en tiempos mucho más antiguos. Lo que sería incurrir en el cómico desdén con que aluden a los grandes historiadores clásicos algunos extremosos entusiastas de la moderna metodología histórica. Significa simplemente el hecho de la petrificación, muchas veces secular, de la técnica militar historiográfica, o por mejor decir, la carencia, durante centenares de años, de toda técnica privativa, de toda tendencia profesional precisa. La Historia Militar, como la general, de la que en muchos siglos

no se aparta, tiene, hasta fines del XVIII y comienzos del XIX, un valor predominantemente literario. Su evolución—no su linaje—arranca de aquí. Jomini, Scharnhorts, el archiduque Carlos y, sobre todo, Clausewitz, señalan de hecho a la historia bélica la vía que a la general trazaran Wolf y Ranke, concretando además su genuina intención didáctica.

En este largo período preliminar de la historiografía científica, el historiador es ante todo un literato y en su obra prevalecen los caracteres artísticos. Tucídides, César, Salustio, Tito Livio, son preferentemente sus modelos. Así, la influencia de Livio se observa en D. Pero López de Ayala, en Hernando del Pulgar, en Moncada, en Melo, en Solís; Tucídides, a más de Tito Livio, se refleja en el autor de la «Guerra de Cataluña»; siguen a César, Avila y Zúñiga y D. Bernardino de Mendoza; Hurtado de Mendoza, a Salustio. Y si no se recuerdan sino historiadores españoles, el motivo es que, en los tiempos de nuestra pretérita grandeza, la Historia Militar española rebasó con mucho del nivel extranjero. Si se exceptúan las letras clásicas, no existe nación alguna que, como la nuestra, pueda enorgullecerse de una pléyade tal de narradores militares.

¿Cuáles son las características de la Historia Militar en esta dilatada época, a la que hemos señalado como término los principios del siglo XIX? Sobre algunas de ellas hemos hecho, poco antes, someras indicaciones. La Historia Militar, efectivamente, se funde en tales tiempos con la general, lo que hizo verdadera la frase que identifica la historia del hombre con la de las luchas armadas. Y rasgos de la disciplina que nos ocupa fueron también, en aquellos entonces, la carencia de ese tecnicismo operatorio que ha convertido en oficio la Historia de hogaño; su preponderante índole literaria y construcción artística; su demasiada subjetividad y deficiente documentación; su pobreza o falta total de referencias; su tendencia moral, por cuanto más que a la enseñanza de la guerra, miraba evidentemente a exaltar—a lo Plutarco—las prendas y talentos de los grandes estadistas, las virtudes varoniles de los grandes capitanes, la inteligencia y ánimo de los caudillos, el resplandor de las hazañas.

Pero bueno es indicar que la índole artística del edificio histórico está lejos de ser una tacha de suyo. Lo es solamente cuando con ella se intenta, por modo exclusivo, reemplazar a la serena información, al documento; cuando se trata de suplir, con el

magnetismo espiritual de la retórica, la ausencia de un conocimiento suficiente y objetivo de la realidad. Con todo, las virtudes literarias de los historiadores clásicos y de sus felices imitadores han sido, con frecuencia, de tan alta estirpe que, al servicio de su intuición, de su inspiración, permitiéronles pintar sucesos y caracteres humanos con aquella vida que a la mera historia documental escapa. La Historia de hoy, que se dice racional y científica, ha de parar mientes en ello y no menospreciar, con esquiva arrogancia, a los que en muchos respectos pueden ser dechados todavía. Y un ejemplo notorio mostrará la exactitud de la precedente observación. Para formar concepto cabal de la Gran Guerra, no basta con la lectura de las obras histórico-militares, al conflicto referentes, publicadas por los Estados Mayores y los caudillos de los países ex beligerantes; porque tales obras—por amor de la escueta documentación escrita y de los hechos materiales—no captan el medio moral en que las tropas se batieron. De aquí que sea preciso recurrir a construcciones puramente artísticas—las llamadas novelas de la guerra—para llenar de algún modo este vacío.

Expongamos ahora, sumariamente, el proceso de la transformación de la Historia Militar, cuyo punto de partida hemos situado en el linde de los siglos XVIII y XIX. Y manifestemos, ante todo, que el móvil de dicha evolución no fué únicamente el anhelo desinteresado de conocer la neta verdad histórica, libertándola, con el documento y el frío razonar, de inexactitudes, subjetivismos y nebulosidades. Desde el primer instante de su progresión evolutiva, la Historia Militar es utilitaria, en alto grado; se propone reproducir la guerra para enseñar la guerra. Y así, se enlaza con el carácter pragmático que siempre tuvo la Historia Militar. En su marcial experiencia juvenil, en la «Iliada», y en el estudio de las campañas de su padre Filipo, aprendió la guerra el héroe macedón; César, según Plutarco y Suetonio, conoció y meditó sobre los memorables hechos de Alejandro; Maquiavelo, cronológicamente el primer tratadista militar de los tiempos modernos, debió a la historia de Roma sus libros doctrinales; Voltaire, biógrafo de Carlos XII, nos dice con cuánto deleite leía, en Quinto Curcio, las hazañas de Alejandro aquel rey, de hace dos siglos, que parece un semidiós de Homero; y no es necesario transcribir, por sobradamente conocidas, las opiniones que, acerca del valor didáctico-bélico de la Historia, expresaron

Federico II y Napoleón. Para el insigne caudillo corso, la guerra no puede estudiarse sino en las campañas de los grandes capitanes, en la Historia.

Y conviene insistir en el *utilitarismo práctico* de la Historia Militar, porque él nos explica no sólo su moderna substancia —que, como veremos oportunamente, se fundamenta en una extensión, en una generalización del antedicho concepto de Bonaparte—sino también el hecho singular de que su transformación haya sido impulsada oficialmente, regulada por los organismos militares superiores de Alemania, Francia e Italia, que son las tres naciones que han marchado a la cabeza de este movimiento cultural.

Hemos señalado a Scharnhorts, a Jomini, al archiduque Carlos, a Clausewitz, como iniciadores de la renovación—en cierto sentido, de la constitución—de la Historia Militar; guerreros que, luego de pelear en los campos de batalla de la Europa conmovida por la Revolución y el Imperio franceses, se sirven de la Historia para enseñar la guerra. El perfeccionamiento mecánico de los ingenios de destrucción y el carácter nacional asumido paulatinamente, a partir de 1792, por las contiendas armadas acrecieron, en forma considerable, por aquellos lustros, el papel que siempre desempeñó la inteligencia en la dirección de las pugnas marciales. Y así, Jomini y el archiduque Carlos, al estudiar las guerras de la Revolución, no trataron de narrar escuetamente los sucesos, sino que procuraron explicarlos, hallar el por qué de las victorias, la razón del triunfo. Y así, Scharnhorts y Clausewitz inauguran en Prusia, para la enseñanza oficial de la guerra, el método histórico; y el propio Clausewitz analiza en el libro, y ya con un concepto histórico-militar completamente moderno, algunas campañas importantes, como las de 1796, 1798 y 1812.

Las tendencias en la historia bólica apuntadas fueron extendiéndose y acentuándose, de modo firme, si no rápido, y conquistando terreno entre los escritores militares. Hasta en obras puramente didáctico-técnicas se observa el fenómeno de la invasión, de la creciente penetración de la Historia en el dominio doctrinal. Citemos, como ejemplo, a Rocquancourt en Francia y, ya a mediados del siglo XIX, a Villamartín en España y a Rustow en Alemania.

Mas ya por este tiempo, los Estados Mayores de algunos países europeos, persuadidos de la transcendencia militar del estudio de

la Historia, lo prohijaron y promovieron, prestándole calor y apoyo oficial; calor y apoyo indispensables para la construcción científica de la historia guerrera que habría de utilizar los documentos archivados por aquellos organismos directores. Fué Prusia la nación que organizó primero su Sección Histórica, y las ideas que presidieron su creación pudieran condensarse con las siguientes palabras de Moltke: «Las lecciones más útiles para el porvenir las deduciremos de nuestra propia experiencia; pero como ésta será siempre escasa, es indispensable aprovecharnos de la experiencia ajena, mediante el estudio de la historia militar». Y von Pencker, inspector general de los establecimientos de instrucción del reino prusiano, escribía en 1868, con mayor precisión todavía: «Cuanto menor es la experiencia que de la guerra tiene un ejército, tanto más le conviene recurrir a la historia militar, como medio de instruirse y como base de su instrucción. Es verdad que la historia de la guerra no puede en modo alguno reemplazar a la experiencia personal, pero puede prepararla. En la paz, su estudio es el medio verdadero de aprender la guerra; de determinar los principios fijos del arte. Constituye, sin duda, el inmediato manantial de todos los conocimientos utilizables en la guerra» (1).

Los transcriptos conceptos de Pencker y Moltke arrojan clara luz sobre los derroteros que la Historia Militar, como maestra de la guerra, siguió en Prusia y en Alemania. Y puesto que las contiendas de 1866 y 1870 determinaron la hegemonía política y militar de los alemanes, y pronto el mundo entero imitó sus métodos docentes en materia marcial, conviene a nuestros fines exponer los caracteres más salientes de la historia bélica en la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX.

Indicado queda el objetivo que a la Historia Militar fué señalado en Prusia: facilitar, mejor dicho, posibilitar el verdadero aprendizaje de la guerra. Ahora bien, las campañas más próximas temporalmente al estudioso son, con toda evidencia, las que pueden proporcionar mayores enseñanzas, en virtud de la analogía de las armas y procedimientos de combate empleados en ellas respecto de los que pueden utilizarse en la actualidad de quien estudia. De aquí que la Sección Histórica alemana se haya

(1) Citas tomadas de la obra del Teniente Coronel Tournès: «L'Histoire Militaire».

dedicado principalmente a la investigación y narración de las campañas de 1866 y 1870; más adelante, de la guerra ruso-japonesa; y de la Gran Guerra, en nuestros días. Existiendo también un negociado de la Sección Histórica alemana cuyo trabajo versa sobre las luchas de Federico II y sobre la guerra de la Independencia prusiana (1813-1815). Aparte todo lo cual, la Sección ha cuidado de editar las obras históricas de Moltke y Schlieffen.

Además de por la limitación del sujeto, impuesta por la finalidad práctica perseguida, la Historia Militar alemana se ha distinguido y distingue por su objetividad—salvo excepciones—y por su gusto de la documentación. En una palabra, por su rigor científico, concorde con las normas de la moderna metodología histórica, popularizadas en los comienzos del siglo XX, por Bernheim en Alemania, y Langlois y Seignobos en Francia. Y no es preciso, consecuentemente, añadir que en los trabajos de la Sección Histórica tudesca, prepondera la monografía. Por vía de ejemplo, digamos que, de 1910 a 1912, el organismo que nos ocupa publicó cuatro monografías sobre las guerras de Federico II, dos sobre las campañas prusianas contra Napoleón, y dos sobre la guerra ruso-japonesa. Sin contar la edición de tres volúmenes de las obras militares de Moltke. Y añadamos que, desde la conclusión de la Gran Guerra, pasan de cuarenta las monografías que, sobre sus más importantes batallas, han visto la luz. Datos que revelan elocuentemente el esfuerzo alemán y sugieren la idea de una labor organizada y metódica.

El ejemplo alemán fué pronto imitado por Italia. Pues si la Sección Histórica del Estado Mayor italiano no se organiza hasta 1872, ya desde 1856 aparece en Turín un Negociado Militar, encargado de reunir y ordenar los documentos que habrían de servir a la obra de los historiadores futuros. Bien se comprende que el primitivo Negociado piamontés hubo de superar graves dificultades en el cumplimiento de su misión; ya que ésta fué ampliándose de modo paulatino, a medida que, entre vicisitudes mil, Italia constituía gloriosamente su unidad. No hemos de puntualizar en este somero trabajo la admirable labor técnica de ordenación y catalogación—constancia y método—realizada por la Sección Histórica italiana, establecida por último en Roma, a donde se trasladan los archivos que desde Turín habían pasado a Florencia. Manifestamos, sí, que desde el punto de vista intelectual, la Sección recoge en numerosos volúmenes la historia de las

guerras reñidas en Italia a partir de 1848. Y modernamente se ocupa del estudio de las campañas coloniales italianas, en particular de las de Libia, y trabaja, sobre todo, en la narración oficial de la guerra italo-austriaca de 1915-1918. Su método es el científico, y entre sus obras prepondera también la monografía (1).

El valor fundamental de la Historia para el conocimiento de la guerra, era puesto muy en duda en la Francia del último tercio del siglo XIX. Una poderosa corriente de opinión militar despreciaba las enseñanzas del pasado, apoyándose en la esencial singularidad y variabilidad de los sucesos bélicos, y en la creencia de que el perfeccionamiento continuo de las armas y la introducción de otras nuevas imposibilitaban todo parangón, todo paralelo, entre las luchas pretéritas, aun las reñidas en un pretérito próximo, y las futuras.

Tal estado de espíritu, que hizo que el ejército francés perdiese, en el período anterior a la Gran Guerra, contacto con la realidad y que fué una de las concausas de sus primeros reveses en el pasado conflicto, reflejóse parcialmente en las esferas superiores y contribuyó a que los estudios históricos no florecieran en el país vecino tanto como en Alemania. A lo que hay que añadir que la Sección Histórica francesa, creada en 1884, trabajó durante buen número de años falta de la ordenación y el método de la tudesca.

Justo es decir que tales deficiencias han sido modernamente subsanadas, y que el actual Servicio Histórico francés, sucesor de la Sección, organizando el trabajo colectivo, señalando a éste una finalidad constante y sistemáticamente perseguida, constituye hoy un organismo modelo, por ninguno superado. En nuestros días, dedica lo más de sus actividades a la publicación de una obra monumental, extraordinariamente objetiva y documentada: «Los Ejércitos franceses en la Gran Guerra», sin que por ello abandone los trabajos históricos que la ocupaban antes.

Si la Historia Militar debe a los alemanes sus primeros y firmes pasos en el camino de su construcción científica, cabe a los franceses el honor de haber extendido por todos los países la idea de que el Arte Militar ha de estudiarse en la Historia, coadyuvando eficazmente así al auge y esplendor de ésta. La difusión del

(1) Ministero della Guerra. Comando del Corpo di Stato Maggiore: «L'ufficio storico», 1930.

idioma francés, verdadera lengua universal de las minorías cultas, facilitó la labor divulgadora de Bonnal y de Foch, profesores ambos de la Escuela de Guerra de París, que, en la cátedra y en el libro, cimentaron sus lecciones militares en las guerras napoleónicas y moltkianas. Oportunamente nos acuparemos de las enormes tachas técnicas de que adolece la obra histórica—tan conocida—de Bonnal. Mas, si esto merma en mucho sus merecimientos como historiador, no es justo que destruya los que deben reconocérsele como prapagandista de una idea fructuosa. Y en cuanto a Foch, ¿qué habremos de decir, sino que sus libros, aureolados por su triunfo en la mayor de las contiendas, son clásicos ya y de lectura común? Con ellos, la Historia dirige y señorea los conocimientos estratégicos y los tácticos. Ellos popularizan el método del «caso concreto». La observación histórica sustituye, en el Arte de la Guerra, a la elaboración metafísica. La lógica abstracta cede ante la experiencia concreta. «Los acontecimientos dominan a los razonamientos» (1).

Al llegar a este punto, y con él al momento presente de la evolución de la Historia marcial, parécenos que pudieran ser tildadas estas líneas de padecer omisiones imperdonables y notorios olvidos. Los nombres de Estébanez Calderón, Conde de Toreno, Clonard, Córdoba, Gómez de Arteche, Martín Arrúe, Barado, Barbasán y Banús aparecen proscritos de este esbozo. Preteridos Berthier, Foy, Mignet, Thiers, Marmont, Saint-Cyr, Segur, Marbot, Niel, Bugeaud, Duquet y los numerosos historiadores franceses del 70; los alemanes Charras y Caemmerer, Jagwitz, York von Wartenburg, von Roos y von Bernhardi; los ingleses Pratt, Hamley y Hamilton; los italianos Mariani, Ulloa, Pepe, Crispi, Turotti, Cadorna, Marselli, Montini; el ruso Kuropatkin, y tantos otros ilustres cultivadores de la Historia guerrera, cuya sola enumeración requeriría varias páginas, de querer citar, con ellos, sus producciones principales.

Digamos, para justificar nuestro silencio, que no es hijo éste de la inadvertencia; se debe a que nuestro propósito no es hacer una historia de la Historia Militar, sino una esquemática exposición del proceso de la historiografía, del arte de componer la historia bélica, de la técnica del historiador. Por eso, al presentar,

(1) Frase de Foch (telegrama enviado al general Robertson en 27 de octubre de 1917).

como sobre un plano, las líneas principales de la evolución, hemos trazado en relieve la labor de los organismos oficiales, que son los que dieron, y los únicos quizá que dar pudieran, el impulso hacia la presente manera científica de levantar el edificio histórico.

Finalmente, la Historia Militar ha logrado en nuestros días un imponderable desarrollo. De un lado, el lógico deseo de describir los variadísimos episodios del más grande de los conflictos armados que los anales del mundo registran; y por otra parte, el haberse elevado la Historia a la categoría de origen único del arte militar, así en el dominio estratégico, con los relatos generales y particulares, como en el campo de la táctica, con la monografía y el «caso concreto», han sido causas de su frondosidad y lozanía actuales. Cierta revista extranjera publicó, hace pocos años, una bibliografía de la Gran Guerra, integrada por unos 15.000 títulos. Verdad es que comprendía no solamente obras histórico-militares, sino también trabajos de exclusiva condición doctrinal, libros sobre política y diplomacia y numerosísimas «novelas de la guerra». Pero aún limitada a la producción histórico-militar, la bibliografía de la pasada lucha abarca millares de volúmenes.

Nos es, pues, imposible ocuparnos de ella con el detenimiento que merece. Mas, para suplir ventajosamente las pocas páginas que hubiéramos podido dedicarle—y, al propio tiempo, con el fin de que este trabajo no quede ayuno de utilidad—hemos reunido, en apéndice, un esbozo de bibliografía sistemática histórico-militar de la Gran Guerra. Patente demostración de que la Historia Militar de ahora se distingue por la preponderancia de la monografía: mancomunada exigencia de su tendencia didáctica y de su aspiración científica. De las 671 obras que figuran en nuestro ensayo bibliográfico, 70 son de carácter general, 108 son narraciones particulares, y el resto, es decir, la mayor parte, son monografías. Ni se crea que nuestra compilación ha sido arbitraria, pues si de algo peca es de omitir, por no creer necesaria su inclusión, un buen número de trabajos monográficos.

II

La Historia Militar en la actualidad.—Sus posibilidades y limitaciones docentes y técnicas.—Dañosos efectos de la mala Historia Militar.

Dos son, como del capítulo anterior se infiere, los rasgos más típicos de la moderna Historia Militar: su tendencia doctrinal y su aspiración científica. Exige la primera que el historiador no se limite a narrar escuetamente los hechos, sino que exponga también las enseñanzas que de los mismos, como fruto maduro, se deduzcan. En consecuencia, antes de exponer, de compendioso modo, cuanto se refiere al aspecto científico de la Historia Militar, es decir, lo atañadero a su método positivo historiográfico, es indispensable que nos ocupemos de determinar el valor de las lecciones que puede impartir la Historia de la Guerra, sus limitaciones esenciales, los peligros de la Historia Militar deficiente o de su defectuosa explotación. Lógico orden, porque el conocimiento de los escollos naturales de la Historia bélica ha de servir al historiador para dirigir, con oportunidad e inteligencia, el rumbo de sus investigaciones, a más de llevarle a corolarios circunspectos.

Precedentemente, hemos aludido o citado las opiniones que, sobre los beneficios del estudio de la Historia Militar, sostuvieron algunos capitanes insignes: Federico II, Napoleón, Moltke, Foch. Pero no es lícito desatender el hecho de que ha existido y existe una corriente de incredulidad, de duda en las virtudes docentes de aquélla.

Los escépticos de la Historia dicen así: evidentemente todo suceso militar, todo caso histórico, es la consecuencia, el resultado, de un inseparable conjunto de razones numerosas y complejas. Tan numerosas y tan complejas que su determinación precisa y cabal es extraordinariamente difícil. Pero aun en la hipótesis de que se lograra fijar con exactitud las múltiples concausas de un acontecimiento, tendríamos, no más, el derecho de inferir que sólo de reproducirse con fidelidad las causas todas, el efecto volvería también a presentarse. Y como la realidad no se repite nunca, es

obvio que carecen de valor práctico las enseñanzas de la Historia, puesto que, a los sumo, presta conocimientos a los que toda aplicación está vedada.

Y los pesimistas se suman a los escépticos. Ya no es la Historia el blanco de sus tiros, sino la misma naturaleza humana. La experiencia ajena—afirman—sirve de muy poco para regular la propia conducta. El prudente consejo del anciano raras veces evitó los extravíos de la juventud, y sólo el vivir proporciona el conocimiento de la vida. Con la Historia, experiencia de la Humanidad, acontece lo mismo. Conviene recelar de la eficacia de sus ejemplares. «Las generaciones—dice, tratando de este punto, en un reciente libro (1), el mariscal Cadorna—se suceden, y cada una, como los hombres aislados, quiere hacer su propia experiencia, que es la única verdaderamente válida.»

¿Existirán, pues, estas discutidas enseñanzas de la Historia? Evidentemente, las condiciones que motivan la aparición de un hecho histórico no se reproducen jamás, en su integridad plena. Y, por lo tanto, la Historia no es una colección de modelos que pueda señalar invariables pautas de conducta. Austerlitz es una obra maestra del arte militar, pero como no han de darse en lo venidero las circunstancias todas de la batalla, la victoriosa solución napoleónica tampoco podrá tener, en el futuro, acertada y puntual repetición. Mas el escepticismo no debe sobrepasar de ciertos límites. Si es verdad que no se reproducen todas las concausas de un suceso, no puede negarse que algunas de ellas son comunes a muchos hechos históricos. Es necesario analizar el valor de estas circunstancias comunes a muchos hechos, reflexionar sobre la transcendencia de cada una dentro del fenómeno engendrado, determinar lo que pudiera llamarse su mayor o menor causalidad, su mayor o menor virtualidad genésica. Y si una cierta condición se repite de continuo, es una larga serie de acontecimientos, actuando como determinante de un resultado preciso, favorable, por ejemplo, cabe lógicamente pensar que suscitándola en el porvenir o aprovechándose de su fortuita aparición, adquiriremos probabilidades de triunfo.

Bonaparte, en la segunda fase de la campaña de 1796, cuando las batallas duraban un día, derrotó cuatro diversas veces a los austriacos, que otras tantas le atacaron en dos masas desligadas,

(1) Luigi Cadorna: «Altre pagine sulla Grande Guerra».

en dos masas desunidas durante dos o tres jornadas, por la correspondiente distancia superficial o por accidentes geográficos infranqueables. Y en 1814, en circunstancias parecidas, repitió victoriosamente su operación por líneas interiores, contra los rusos, austriacos y prusianos que le acosaban en la cuenca del Oise-Marne-Sena. Hindenburg, en 1914, obtiene, en análoga situación, el brillantísimo triunfo de Tannenberg. Y, en escala más amplia, Federico II y los alemanes y austriacos de la Gran Guerra se aprovecharon de su posición central para batir repetidamente a sus apartados enemigos.

¿No podrá deducirse enseñanza alguna de tal analogía de resultados, obtenidos en circunstancias similares? Descartando la parte que en el éxito de las operaciones antedichas corresponde a la fortuna, ¿no nos autoriza la Historia para inferir que la acción por líneas interiores puede emprenderse con probabilidades de triunfo, cuando las masas adversas se encuentran separadas por espacios cuya amplitud ha de guardar una cierta proporción con la contemporánea duración de las batallas? ¿Y no podríamos colegir también los medios de reparar, en lo posible, la desfavorable situación de los ejércitos que operan por líneas exteriores?

¿De dónde, sino de la cantera de la Historia, se han deducido los principios del arte militar? El valor de la sorpresa, las ventajas del económico empleo de las tropas, ¿no son, por acaso, verdades que ha hecho patentes la realidad con mil ejemplos? (1).

Y si del campo de la estrategia descendemos al de la táctica, los beneficios del estudio de la Historia aparecerán con mayor claridad todavía. Arrojemos una ojeada sobre algunos de los hechos característicos de la Gran Guerra. En 1914, los ejércitos franceses, imbuídos de ideas no contrastadas por el estudio de las contiendas últimas, se lanzan, sin preparación de artillería, al ataque frontal de posiciones alemanas, y el defensor los rechaza con graves pérdidas. Y en los años sucesivos, acontece lo propio, sobre el frente francés: invariablemente fracasa todo ataque no preparado con suficiencia por el cañón. Sobre el frente italiano,

(1) La enseñanza de los principios del arte de la guerra es la más transcendental de cuantas la Historia Militar imparte. Beneficio que no queda mermado por el hecho de que esas normas generalísimas tengan, en el fondo, carácter negativo; esto es, que señalen más lo que debe evitarse que lo que es preciso ejecutar.

en 1915 y parte de 1916, carentes los soldados de Cadorna de la necesaria artillería, sufren, en el Isonzo, sangrientos descalabros. Y lo mismo ocurre en los Dardanelos, en Macedonia, en Rusia —¿a qué seguir?—en todos los teatros de la guerra. La Historia Militar nos enseña, pues, que en el actual estado del armamento, la artillería, bajo pena de derrota, ha de preparar los avances —con acción de intensidad proporcionada a la fortaleza de la posición contraria—destruyendo, con el explosivo, las defensas enemigas o neutralizando, con el gas, a los defensores; a menos de que las circunstancias permitan la eficaz utilización del carro de combate (1).

¿Quién podrá negar la importancia fundamental de la Historia, en materia de táctica, ante el hecho evidente de que, tras cada guerra, los ejércitos, a la vista de la realidad, modifican o remozan sus reglamentos tácticos? (2).

La Historia, ¿no es la depositaria de lo real, de lo sucedido?

Pero aun los más incrédulos en los efectivos frutos de la Historia Militar, aun los que no admitieran, como verdad, cuanto acabamos de decir, no podrán menos de reconocer que el análisis circunstanciado de los hechos históricos, que el estudio de la guerra en la Historia, realizado con un método verdaderamente positivo, a un tiempo experimental y racional, constituye una gimnasia del espíritu, que prepara la mente para la resolución de los problemas que el campo de batalla depare. «El alumno—dice, con ingenioso paralelo, el teniente coronel Tournès—ante quien su profesor o sus compañeros resuelven problemas, ¿no aprovecha de la experiencia del uno, de los errores de los otros? Tales problemas no serán verosímilmente los que haya de resolver en el azar del examen o de la oposición; pero la práctica no será por ello menos provechosa.»

Y Foch: «Para entretener en tiempo de paz el cerebro de un ejército y mantenerle en constante tensión hacia la guerra, no

---

(1) Claro es que no consideramos aquí el caso de la guerra de movimiento en la cual el papel de la preparación artillera disminuye mucho.

(2) El hecho de que los reglamentos se modifiquen también, y con frecuencia, en los periodos de paz no arguye en contra de lo dicho. Porque las modificaciones a que aludimos ahora provienen o de una variable interpretación de los hechos guerreros pasados, o de la aparición de nuevas armas, o del perfeccionamiento de las en uso.

existe libro más fecundo en meditaciones que el de la Historia» (1).

Si después de apuntar los rendimientos de la Historia, desde el punto de vista intelectual, ascendemos a ocuparnos de sus servicios morales, se habrá de reconocer que en este punto no existe discrepancia de opiniones. La Historia es el tesoro moral de los pueblos; es un vínculo de nacionalidad tan fuerte como la raza, el territorio o la lengua. Ella perpetúa las hazañas gloriosas, los generosos ejemplos. En ella, como en las capas profundas e inconscientes de nuestro espíritu, viven nuestros mayores, los que supieron construir la Patria que nos toca conservar y engrandecer. Por eso, las lecturas históricas, moviendo a nobles emulaciones, despertando el substratum de nuestro ser, templan los ánimos en una comunión racial, excitan lo mejor de las virtudes atávicas, exaltan los sentimientos actuales de oculta raíz. Lo que quiere decir que, en el respecto moral, es maestra insustituíble la propia Historia, sin las trabas que a la militar impone su material utilitarismo y que la llevan a examinar preferentemente las luchas recientes nacionales o extranjeras. Pero son tan obvias estas ideas, tan trilladas están y tan repetidas, que basta con señalarlas aquí, sin que sea necesario detenernos en su consideración.

Ahora bien, para que la Historia Militar pueda cumplir sus fines ha de llenar un requisito, una indispensable condición: ser objetiva, presentar la realidad de la guerra como reflejada en un espejo plano, sin deformaciones; construir una imagen fiel del hecho terrible y complejísimo de la lucha armada. La Historia Militar, como la general, utiliza hoy para vencer en su espinosa tarea, un excelente instrumento, que es el moderno método histórico-científico.

De él nos habremos de ocupar más adelante. Pero es conveniente, por lo indicado con precedencia, que manifestemos ahora las posibilidades y limitaciones técnicas más salientes de la Historia Militar. Posibilidades y limitaciones que arrancan de la naturaleza misma de los acontecimientos que la ocupan, y que pudieran resumirse así: facilidad en el campo estratégico, dificultad en el campo táctico; y, en ambos terrenos, arduidad de la determinación y ordenación causal.

---

(1) Comandante C. Bugnet: «En écoutant le maréchal Foch».

Efectivamente, como la Historia depende del documento, de tal manera que los hechos reales, por importantes que fueren, no pueden formar parte del fondo histórico si no han dejado tras ellos rastro documental, infiérese que su labor será tanto más hacedera cuanto más abunden los testimonios de los acontecimientos que trate de reproducir. Pues bien, nada más propicio a las investigaciones históricas que las actividades estratégicas. Las memorias de los caudillos, revelándonos el pensamiento director de sus operaciones; las directivas, en las que los Generalísimos plasman las normas de acción que sus más altos subordinados deben seguir; los boletines de información; las órdenes generales, preparatorias y particulares; los partes, etcétera, proporcionan una documentación abundantísima que permite seguir paso a paso el desarrollo estratégico de una campaña. Buena parte de las guerras napoleónicas nos son hoy conocidas, en dicho aspecto, con detalle; acerca de la contienda franco-prusiana de 1870-71, para recordar otro caso ilustre, se han publicado muchas excelentísimas obras. Y ¡qué decir de la Gran Guerra! Sobre algunas de sus fases estratégicas—señaladamente, la reñida sobre el frente francés en 1914—ha visto la luz tan copiosa bibliografía, oficial o autorizada, que pueden realizarse ya estudios analíticos o sintéticos, sólidamente fundamentados. Y aun de campañas antiguas, lo que de ellas se conoce ocúpase, sobre todo, de estrategia, y tiene por tanto un interés preponderantemente estratégico.

Pero cuando de la estrategia se desciende al terreno de la táctica, cambian completamente las cosas. Y la razón es que en táctica influye principalmente un factor, cuyo papel en estrategia es de alcance mucho más reducido: el factor moral. En táctica, el documento es tan escaso como abundante en estrategia. Las condiciones, frecuentemente trágicas, en que combate el guerrero, no le permiten—ello es notorio—fijar, sobre el campo de la lucha, sus impresiones por escrito. Y cuando se encalma la emoción de la pelea, tienden a borrarse también las brutales sensaciones que conmovieron su ánimo. Aparte esto, los espacios enormes en que se desarrollan las batallas modernas imposibilitan la observación personal de conjunto. El combatiente sólo puede testificar sobre episodios locales, cuyo sentido, dentro del cuadro general de la acción, le escapa con frecuencia. Stendhal relata, con realismo absoluto, cómo uno de sus héroes se halló, sin apreciar su trans-

cendente magnitud, en la jornada de Waterloo; y, aduciendo un ejemplo contemporáneo nuestro, el coronel francés Lebaud participa en el choque del Ourcq, sin darse cuenta hasta bien tarde, a pesar de ser un profesional de la milicia, de la importancia que en la batalla tuvo la actuación de su tropa.

Se comprende, pues, que el historiar sucesos tácticos resulte, por lo común, extremadamente dificultoso. A esta verdad pudiera argüirse, con sofística sutileza: Parece que los hechos militares de que se ocupan las narraciones tácticas, por su mayor particularidad y entidad más leve, en el espacio y en el tiempo, que los que forman la materia de los relatos estratégicos, han de prestarse mejor que éstos a la monografía. Ocurre, consiguientemente, pensar que la monografía debe de tender a tratar de sujetos tácticos. Y, como la abundancia de trabajos monográficos constituye uno de los caracteres de la Historia científica de hoy, es inferencia lógica el atribuir vanidad a las dificultades aparentes que presenta la táctica a la Historia, pues el entendimiento se resiste a admitir la exuberancia de lo arduo.

Fingida contradicción que una ojeada al esbozo bibliográfico que al final se inserta es suficiente a destruir. Los mismos títulos de las monografías indican que, entre ellas, hay muchas de índole estratégica. Agreguemos que las de asunto táctico lo enfocan, casi siempre, desde un punto de vista técnico-material; es decir, transcriben las órdenes de los jefes, los movimientos de las tropas, la ordenación de los fuegos, etc., pero apenas se ocupan del aspecto moral de la pelea. En una palabra, estudian técnicamente la batalla física, mas no la lucha espiritual, que es la verdadera, los infinitos combates íntimos que riñen las almas bajo la explosión de los proyectiles artilleros, el crepitar opaco de la fusilería, los fasces de muerte de las ametralladoras.

Conviene advertir que esta limitación que, en el reino de la táctica, impone a la historia la naturaleza, es menos considerable por lo que se refiere a los hechos de la Gran Guerra. Pues es sabido que, dejando a un lado su importancia militar, la inmensidad y horror de la pasada contienda y su transcendencia social y política han dado origen a una copiosa literatura que intenta reflejar el espíritu del soldado que en aquélla se batió. Literatura, en buena parte, tendenciosa y banderiza, pero que permite deducir, con análisis prudente, consecuencias morales fructuosas, de mucha mayor entidad y valía que las que puede proporcionar la

consideración de otras guerras, avaras de tan interesantes documentos.

Además de la consignada deficiencia de su aparato documental cuando se encamina a conocer determinados sucesos bélicos, la Historia tiene otras *debilidades* intrínsecas. «Efectivamente, como el hecho histórico ha de estar, por definición, localizado y datado, nunca tendrá sino una causa particular; jamás el historiador podrá elevarse a una causa general, porque los fenómenos no se repiten de análoga manera; es impotente para deducir leyes, si quiere conservarse a esta palabra su rigor científico. Por eso, el esfuerzo de los historiadores modernos se dirige a establecer, no el *porqué*, sino el *cómo*..... Desistiendo de la investigación sistemática de las causas, que se estima labor infructuosa, la historia actual inquiere las condiciones en que los acontecimientos se han efectuado» (1).

Esta observación—que coincide, en su esencia, con los argumentos que expusimos al combatir las teorías de los pesimistas y escépticos de la Historia—reduce prudentemente el campo del análisis a la determinación de las causas inmediatas de los hechos o, si se quiere, a la de las condiciones o circunstancias que motivan su aparición. Mas no por esto la labor del historiador es sencilla. Los acontecimientos militares, que son los que nos interesan particularmente, son complejísimos, y en su producción influye, no sólo el contraste de dos inteligentes voluntades enemigas, sino también—y en distintas proporciones de difícil ponderación—el estado moral, intelectual y social de los países en pugna, su grado de material civilización, su potencia industrial, económica y militar, sus directrices políticas, etc.

Téngase también presente que la tendencia didáctica de la Historia de la Guerra exige que los acontecimientos militares se estudien de un modo muy especial. La exposición pura y simple de la totalidad del suceso puede conducir a conclusiones equivocadas. El hecho bélico es esencialmente bilateral; se presenta en cada campo beligerante con particulares características; cada general opera desconociendo muchas de las condiciones que determinarán el hecho. De aquí que en la guerra influya la fortuna, entendiendo por este término, no la ausencia de causa (lo que sería un absurdo), sino el desconocimiento de ella. La lucha

(1) Tournès, obra citada.

armada aparece a cada capitán como un sistema determinado de ecuaciones, de las cuales sólo una parte le fuera conocida. Es necesario que se esfuerce por descubrir el mayor número posible de aquellas igualdades, por desvelar el mayor número posible de incógnitas, para producir, reduciendo la intervención del azar, una solución aproximada. Bien se comprende que el enjuiciar, por vía de enseñanza, acerca del mérito o demérito de un caudillo impone la mayor prudencia y mesura. La Historia racional tiene que romper por entre mil obstáculos.

Cuando no es clara la conciencia de las dificultades de la Historia; cuando el historiador no se inspira en el ferviente anhelo de conocer la verdad, cualquiera que fuere; cuando guiado por el prejuicio trunca los hechos o, conducido por la ligereza, ora no los afirma con rigor en todos sus necesarios aspectos, ora involuntariamente los falsea; cuando, en fin, falto de circunspección y de medida deduce arbitrariamente de la realidad más de lo que en ella se contiene; entonces la seudohistoria, la mala historia militar—conclusión lógica de premisas falsas o conclusión ilógica de premisas verdaderas—puede producir grandes males, daños terribles, que a veces no se reducen al dominio de lo especulativo.

La Francia de la pre-guerra nos proporciona un ejemplo que nadie desconoce, pues que la teoría de la ofensiva a toda costa, tan espantosamente fracasada en el mundial conflicto es, en último término, legítima descendiente de la historia de Bonnal. Este famoso profesor de la Escuela de Guerra de París estudió, con deficiente documentación y método apriorístico, algunas de las más importantes campañas del siglo XIX, particularmente las napoleónicas. Y elevó un altar al ataque sobre la autoridad de una historia mentida, «porque sus libros—como se ha afirmado con certera ironía—tienen el mismo valor para el conocimiento del sistema de guerra imperial que el que pueden tener los de Alejandro Dumas, para quien quiera documentarse sobre el Cardenal Richelieu».

Bonnal dió el impulso. Los teorizantes posteriores, si no cultivaron la Historia, la interpretaron a su antojo, llevando al límite la teoría. Y los hijos de Francia pagaron el error con su sangre.

Esta transcendencia de la Historia Militar es digna de meditación.

III

El método histórico-militar.

El carácter de ciencia que hoy se confiere a la Historia no es debido tan sólo a que esta disciplina trata de determinar las causas o condiciones de los hechos (si bien reduzca prudentemente los límites de su investigación a las relaciones de causalidad inmediata), sino además a que, para conducir a buen término su no leve tarea, se encuentra en posesión de un instrumento científico de trabajo, de un método riguroso y racional, que exige del historiador la realización de una serie de delicadas y prolijas operaciones.

Por razones didácticas, agrupan los metodólogos en tres etapas o partes las múltiples operaciones que lleva en sí el método histórico: la *Heurística*, que abarca la búsqueda y reunión de los documentos referentes a los hechos que el historiador se propone fijar; la *Crítica*, cuya función es determinar el grado de veracidad atribuíble a los documentos ya reunidos; y la *Síntesis* y *Exposición*, que constituye la historiografía propiamente dicha. Y no puede abrigarse duda de que la aplicación del método histórico requiere, en quien lo intenta, previos *conocimientos fundamentales*.

Vamos, al presente, a ocuparnos de cada una de estas partes, empezando por lo mencionado en último lugar. Y como nuestras fuerzas no lo permiten, ni lo tolera la condición sumaria de este trabajo, nos dedicaremos, más que a ofrecer una exposición detallada y general del método histórico, a poner de relieve, sobre todo, las particularidades de su utilización en Historia Militar.

Conocimientos fundamentales.—Fácilmente se alcanza que la mayoría de las ciencias auxiliares de la Historia carecen en la Militar de aplicación, por tender preferentemente ésta—dada su actual concepción—a considerar acontecimientos guerreros no remotos. Si el conocimiento de la Paleografía, Diplomática, Cronología, Sigilografía, Epigrafía, Numismática, etc., pueden ser esenciales para investigar personalmente, por ejemplo, las campañas de Carlomagno o de Almanzor, de nada servirán para el estudio de

la pugna de Crimea, de la de Secesión americana, de la anglo-boer o de la Gran Guerra (1).

Sin embargo, algunas de las ciencias auxiliares de la Historia conservan, si no aumentan, su importancia en Historia Militar. Tales son la Bibliografía, la Filología y la Geografía.

Es menester, en efecto, que el historiador militar se encuentre versado en Bibliografía, pues son tan numerosas las publicaciones referentes a las principales campañas desarrolladas de siglo y medio a esta parte, que, de ignorar aquélla, corre el riesgo de no aprovecharse de obras fundamentales para el estudio del sujeto elegido por él. Y los conocimientos bibliográficos—imprescindibles para las operaciones heurísticas—le permitirán, por otro lado, señalar inteligentemente los límites de su asunto, de modo que ni sea tan amplio que requiera la consulta de una bibliografía desmesurada, ni tan históricamente mezquino que le prive de la documentación necesaria para establecer los hechos con exactitud. Inútil es añadir que con el saber bibliográfico se encuentra estrechamente relacionada la puntual noticia de los materiales conservados en Bibliotecas, Archivos, Secciones Históricas, etc.

Igualmente indispensable, para quien se proponga historiar los modernos conflictos armados, es el conocimiento de las lenguas habladas en las naciones militares de primer orden, ya que en tales idiomas está escrita la inmensa mayoría de los libros y documentos de obligada lectura. Para los españoles, estas lenguas son el francés, inglés, italiano y alemán.

La Geografía—y en especial sus aspectos físico, histórico, político, económico, etnográfico, estadístico—guarda también con la Historia Militar estrechísima relación. Las formas del terreno, el clima, la mayor o menor riqueza industrial o agrícola de un país, la entidad numérica de su población y su densidad, las vías de

(1) No supone la moderna Historia Militar, como pudiera inferirse de su tendencia, que sea infructuoso el estudio de las guerras antiguas. Pues aunque su utilidad no sea tan grande como la que rinde el de las campañas modernas, proporciona indudables beneficios en lo que respecta a las verdades básicas del Arte Militar, a los principios, cuya inmutabilidad contribuye a establecer. Para sus grandes síntesis, la Historia Militar acostumbra a explotar las obras publicadas por autorizados historiadores de las épocas pretéritas. Y claro es que la historia documentada de los hechos militares temporalmente alejados de nosotros necesita, para su labor investigadora, de las ciencias paleográfica, numismática, etc.

comunicación, etc., influyen tan visiblemente en la lucha, que no puede el historiador desconocer sus datos. Napoleón fué vencido en Rusia, más que por los hombres, por la nieve y la estepa. No se combate del mismo modo en los ventisqueros alpinos que en las llanuras de Flandes. Ni en Trípoli, donde las vías caravaneras constituyen, en el vasto arenal, verdaderos desfiladeros estratégicos, puede la guerra desenvolverse como en la rica y transitable Sajonia.

Asimismo, el historiador militar ha de cimentarse sobre una sólida cultura histórica y general. Ella le descubrirá las raíces profundas de los acontecimientos; le facultará, en virtud del hábito del estudio y parangón históricos, para darles un primer valor aproximado; pondrá ante su vista la psicología e ideal de las naciones; los hechos sociales, económicos y políticos origen de la guerra; la preparación diplomática del conflicto (1).

Finalmente, el historiador de la guerra ha de ser un técnico militar; ha de poseer conocimientos nada vulgares de organización, estrategia, logística, táctica, armamento; le es preciso hallarse informado de los métodos de mando, de las posibilidades de las tropas, del valor de las armas. Sólo así estará en condiciones de comprender cabalmente un lance bélico, de enjuiciarlo con acierto.

Heurística.—Lo primero que tiene que hacer el historiador, deseoso de tratar sobre un cierto asunto, es buscar y acopiar o señalar la bibliografía referente al mismo, tanto la impresa como la inédita; labor en la cual sus conocimientos bibliográficos le servirán de guía, y que, como sabemos, se conoce con el nombre de heurística.

Las dificultades que la heurística presenta al historiador, no se deben, en Historia Militar, casi nunca, a la escasez de documentos, sino por el contrario, a su frecuente profusión, y a los obstáculos físicos que embarazan o imposibilitan su consulta. Aconsejan Langlois y Seignobos (2) la lectura y beneficio de todos los libros que han visto la luz y de todas las piezas no publicadas que se relacionan con la materia del trabajo en germen; a fin de evitar lo ya ocurrido con obras que «quedaron viciadas, y aun

(1) Los estudios de Economía Política son indispensables para la inteligencia de las grandes contiendas modernas.

(2) Langlois et Seignobos: «Introduction aux études historiques».

totalmente anuladas, por causa de la simple circunstancia material de que el autor no tuvo noticia de documentos que hubiesen aclarado, completado o destruído los datos que le proporcionara la parcial documentación que utilizó». Norma excelente, que al historiar las campañas modernas no puede ser, salvo casos muy excepcionales, íntegramente practicada. Si es relativamente fácil reunir la bibliografía impresa, no acontece lo mismo con la utilización de la inédita, ya por su abundancia suma, ya por su dispersión en archivos a los que el acceso no es cosa sencilla. Un estudio sobre Magenta requeriría la visita a los archivos franceses, italianos y austriacos, y bien se comprende que pocos historiadores podrían hacerlo.

Fuerza es, las más veces, contentarse con una documentación incompleta, debiendo el historiador, antes de emprender su tarea, resolver la cuestión de si la que posee o puede consultar es o no lógicamente bastante a sus fines, restringiendo, si es preciso, los términos de la obra que medita, acomodándolos a la documentación de que dispone.

Por tal motivo, el Padre García Villada, en su recomendable «Metodología» (1), establece que la primordial operación de todo historiador es la elección del tema, puntualizando sus vagos propósitos iniciales, e indica que, para ello deben tenerse presentes: la necesaria *precisión del sujeto*, que habrá de lograrse deslindando bien el campo del estudio; las *circunstancias particulares que en el historiador concurren*, habida razón de sus fuerzas materiales y de sus inclinaciones; *los conocimientos y estudios preliminares* que haya hecho, y *los medios con que cuenta el investigador* (bibliotecas, factibilidad de registrar los archivos).

Fijado con exactitud el asunto, recogidos los instrumentos impresos de trabajo, y determinada la documentación inédita de que puede valerse el historiador, el análisis crítico principia.

Crítica.—No todas las fuentes son merecedoras del mismo crédito. Su valor varía según su calidad de originales (contemporáneas de los sucesos que recogen), o de derivadas (cuya importancia, refleja, se reduce a la de la documentación original que utilizan); la fuente que el historiador trata de aprovechar puede hallarse materialmente impurificada; el autor puede no haber

(1) Zacarías García Villada, S. J. «Metodología y crítica históricas».

observado bien la realidad, y presentarla, mal de su grado, de modo falso o imperfecto; las pasiones humanas pueden haberle movido a ocultar una parte de la verdad, a engañarnos.

Infiérese de aquí que, teniendo que atender a tan diversas condiciones, el examen crítico de la documentación recogida es operación por extremo compleja y ardua; y que, en el decurso de sus fases, debe el historiador adoptar una postura espiritual cartesiana, un escepticismo *a priori*, que habrá no más de romperse ante la aparición de la verdad, ante la certeza racional, resulta del análisis metódico.

Las circunstancias que en una fuente histórica es menester censurar hacen relación a sus caracteres exteriores o a sus cualidades íntimas. La crítica se divide, pues, en *externa* e *interna*.

La crítica externa se propone investigar el grado de autoridad que puede concederse extrínsecamente a un documento; y se subdivide en crítica de *autenticidad* o de *restitución*, cuyo fin es comprobar si el ejemplar que se examina es fiel trasunto del original, y poner remedio a sus máculas, caso de que las tenga; y crítica de *proveniencia*, «que ha de darnos el verdadero estado civil de las piezas que, careciendo de autor, fecha o lugar de origen, necesitan para hacer prueba plena despejar antes esas incógnitas» (1).

Conviene decir, desde luego, que aun cuando la crítica externa origine, a las veces, en Historia Militar, cuestiones muy dificultosas, los problemas que suscita no pueden compararse, en lo intrincado, con los que precisa resolver el historiador de las edades antigua y media. El descubrimiento de las falsificaciones, interpolaciones y errores, pululantes en las obras nacidas con anterioridad a la imprenta o fabricadas, en tiempo posterior por falsificadores hábiles; la dilucidación de códices y manuscritos; la reconstrucción de un original, del que sólo existen copias no concordes; el estudio de la ascendencia de los documentos, etc., reclaman una profunda erudición y doctrina, una posesión perfecta de las ciencias auxiliares que la Historia Militar—de tema, por lo común, moderno—está muy lejos de requerir.

No es lógico ni corriente que ofrezca complicaciones la crítica de autenticidad o restitución de las obras militares. Publicadas,

(1) Sección Histórica del Depósito Geográfico e Histórico del Ejército: «La Historia Militar Española. Rellexiones que sugiere su estado actual».

casi siempre, en vida del autor, concede este hecho suficiente garantía de que las copias se acomodan al trabajo original. Por otra parte, la comprobación de esta conformidad es ordinariamente imposible. El lector, verbigracia, de un ejemplar del libro de French «1914» no podrá, sino muy excepcionalmente, cotejarlo con las cuartillas escritas de propio puño por el mariscal inglés. Y lo mismo ocurre con los documentos, no públicos, utilizados en la guerra, tales como directivas, órdenes, etc., de los que se tiran, al tiempo de su empleo en las operaciones bélicas, ejemplares cuidadosamente corregidos; piezas que, en ocasiones, ven la luz, como aparato documental de ciertas obras.

Esto no obsta para que existan casos de falsificación o errores, como ha acontecido con algunas obras aparecidas regularmente después de muerto el autor. Tournès cita la correspondencia oficial de Napoleón I y las memorias de Marbot, y duda de que sean auténticas algunas de las publicadas durante el primer imperio francés. Pudiera, pues, aconsejarse, para obviar esta enfadosa posibilidad, que siempre que al hacer el análisis interno de un documento se tropiece con frases que inspiren, en virtud del contexto, desconfianza, se recurra, cuando sea labor hacedera, a confrontarlas con las del original.

A peligros muchos más graves expone el empleo de traducciones no siempre esmeradas ni totalmente fidedignas, ya por el variable espíritu de los idiomas, que impide o entorpece el dar a las ideas idéntico matiz, ya por la no rara desidia o incompetencia de los traductores. Siempre que se pueda, se debe, por tanto, beneficiar las fuente en su lengua nativa.

Como la de autenticidad, tampoco la crítica de *proveniencia* o de *origen* suele encontrar en su camino, tratándose de Historia bélica, impedimentos insuperables. Las obras estampadas llevan, de ordinario, indicaciones referentes al autor, fecha y lugar de origen, o permiten deducir, en general sin gran esfuerzo, estas dos últimas circunstancias. Los impresos anónimos ofrecen a la crítica de proveniencia dificultades mayores. Y tanto más cuanto más antiguos sean. Dificultades que es preciso vencer, pues de los contrario habría que desechar el escrito anónimo, excepto en el caso de que sus cualidades intrínsecas permitan inferir en el autor una determinada personalidad, rompiéndose así, de cierto modo, el anónimo.

Trabas no livianas quizás, hallará el investigador ante algunas

piezas, carentes de datos de origen, que se conservan en archivos militares: instrucciones de carácter táctico que debieron de acompañar a otros documentos, diarios de operaciones, libros de notas..... El conocimiento de los métodos de mando y la cultura militar del estudioso serán sus guías más seguros en la determinación de su procedencia.

Examinada externamente la documentación, y excluída la que no reuna los deseables requisitos, éntrase ya en la *crítica interna* que, como escribe Fernández de Rota, es un «grupo de operaciones analíticas de resultados positivos, asi como la externa lo fué de resultados negativos» (1). Lo que, en efecto, es verdad: la crítica externa aparta los documentos no válidos, la interna enseña a beneficiar los útiles.

La *crítica interna*, el análisis íntimo de un documento, comprende las críticas de *interpretación*, de *sinceridad* y de *exactitud*, cuyos nombres bastan para dar a conocer sus respectivos fines. Adelantémonos a manifestar que, si los trabajos de la heurística y de la crítica externa son menos penosos y complicados en Historia Militar que en la general, en cambio la crítica interna necesita, más en la primera que en la segunda, del escalpelo psicológico, del análisis profundo, de la meditación continuada y atentísima. La guerra es un drama vivo y espantable. Y el tiempo actúa como sedante de las arrebatadas pasiones que alza la lucha en el corazón del guerrero, pero no las destruye; pasiones de las que participan los nacionales no combatientes, y aún los extraños vinculados a una bandera por el interés de su país o por su personal ideología. El ánimo de los que pelean, y acaso de los que dirigen alejados del peligro material, no se halla en las mejores condiciones para una recta observación. Además, son excepción figuras como las de César, Avila y Zúñiga, Melo, Federico II. Queremos decir que muchos narradores-soldados carecen de dotes literarias: con mengua de la objetividad, no siempre triunfan de los escollos de la expresión. Júzguese, de consiguiente, cuán laboriosa y áspera se presenta al historiador militar la crítica interna.

La crítica de *interpretación* tiene por objeto determinar el sentido *literal* y el sentido *real* de un escrito, esto es, lo que el

(1) Fernández de Rota: «Ciencia de la Guerra o Belicología».

autor ha dicho y lo que ha querido decir, pues ocurre, en ocasiones, que aparecen vocablos utilizados incorrectamente, o bien con una cierta significación propia de la época y lugar en que se escriben, o de la tecnología profesional; aparte de que—lo mismo que acontece con la expresión numérica de una cantidad, en la que las cifras tienen dos valores, uno genuino y otro de relación—el valor de una palabra, de una frase, depende muchas veces del contexto, del sentido general del escrito. Ello explica que citadores de mala fe puedan defender sus pareceres con la supuesta autoridad de obras de contraria opinión.

La crítica de *sinceridad* exige que el censor esté muy sobre aviso, que tenga muy presentes los sentimientos que mueven al hombre a disfrazar la verdad, o lo que como tal estima. Y que no olvide que un mismo libro o documento puede ser sincero en un pasaje y falaz en otro. Saint-Cyr probablemente es fiel a lo que pensaba cuando se ocupa de los medios militares y presuntos obstáculos de su expedición catalana de 1808; pero es lógico que inspiren grandes dudas sus consideraciones sobre el tino de Reding al defender la línea del Llobregat, ya que el muy discutible acierto del suizo-español realzaría la victoria francesa de de Molins de Rey.

Ahora bien, para la veracidad de un escrito, para su pleno ajuste al hecho histórico, no es suficiente que el relatador sea sincero, no basta con que haya querido decir la verdad. Es indispensable también que haya podido decirla. Lo que en él requiere: 1.°, haber estado en contacto con la realidad que intenta describir; 2.°, que el tiempo no haya anublado sus imágenes e impresiones; y 3.°, que el pensamiento haya sido traducido por la pluma con exactitud.

Es muy difícil de determinar, claro es, hasta qué punto se cumple esta última condición en una obra cualquiera. Materia es ésta ligada con la crítica de interpretación; y sólo una consideración detenida de las cualidades formales, artísticas, del documento, permitirá el aventurar hipótesis más o menos plausibles. Otro tanto puede decirse de la condición segunda, aun cuando sea llano, generalmente, conocer el tiempo que media entre los acontecimientos y su narración.

Por lo que toca a la primera de las antedichas condiciones, es de suma transcendencia fijar si el historiador es o no testigo inmediato, de vista, de los sucesos que le ocupan; esto es, si sus

afirmaciones son de primera o de segunda mano. Aquéllas exclusivamente tienen valor. pues éstas lo toman del de la fuente en que se basan, fuente original que es preciso descubrir, remontándose hasta ella. Y caso de no lograrse, la objetividad genérica del documento tal vez autorice para enjuiciar por analogia sobre afirmaciones aisladas.

No hay que perder de vista que, en Historia Militar, la personalidad del narrador, su posición en la escala jerárquica, modaliza su visión de la lucha, «En virtud de una cierta tendencia espiritual.. .., el combatiente de las primeras líneas y el escritor que refleja sus sentimientos, están inclinados a mermar importancia a la oscura, despaciosa y ardua labor de preparación, y a no valorar debidamente su influjo en el éxito final..... Por el contrario, los Comandantes de las Grandes Unidades, apartados del lugar de la pelea, tienden a depreciar la obra del combatiente, a confundir el ordenar con el cumplimentar, a no conceder gran valor a los factores materiales (estado físico, desconocimiento del terreno, condiciones orgánicas, influencias climáticas), y menos todavía a los factores morales, dependientes de causas que se sustraen al examen analítico..... Deseable parece que los historiadores de la guerra se inspiren en una amplia comprensión de la referida concepción antitética....., de modo que el complejo fenómeno de la pugna, estudiado con ánimo sereno y agudeza psicológica, pueda ser reconstruído con un criterio de realidad y de justicia distributiva, tanto hacia el guerrero del brazo como hacia el soldado del pensamiento.....» (1).

Las observaciones que preceden darán acaso la medida de cómo se filtra, al través del documento, el espíritu de su autor, penetrando el relato; deformando, a veces, los sucesos; alterando, en otras, sus formas y colores. Se necesita eliminar estos subjetivismos, y la manera mejor de conseguirlo es la mutua destrucción de los subjetivismos contrarios. Siempre que sobre un mismo hecho existan fuentes históricas absolutamente independientes, o mejor aún, obras cuyos autores procedan de campos antagónicos, deberán ser rigurosamente cotejadas, a fin de entresacar la verdad objetiva, factor común de las diversas perspectivas singulares. Con razón ha dicho García Villada que la confrontación de

(1) Generale Schiarini: «L'Armata del Trentino».

las fuentes entre sí es quizá la más preciada piedra de toque para contrastar la exactitud del material histórico.

Mas pueden presentarse, excepcionalmente, casos en que la confrontación sea imposible. Acontecimientos hay no mencionados más que por los historiadores de un bando; los del opuesto los callan o les atribuyen una importancia mínima. Por ejemplo, Calatañazor, en nuestra historia medieval; Vittorio-Veneto, en la época presente. Al paso que las crónicas cristianas citan, entre leyendas, la famosa derrota de Almanzor, las árabes la silencian; mientras que los historiadores italianos de nuestros días narran con todo detalle su gran victoria, es muy difícil hallar rastros de ella en las memorias de los caudillos alemanes y austriacos, y aun franceses e ingleses, si no es para empequeñecer su valor (1).

En coyuntura semejante, se debe utilizar el argumento negativo, es decir, dilucidar las razones del silencio de los historiadores de un partido; y juzgar con un estrecho sentido documental las obras que afirman la existencia del hecho de que se trata.

Tales son, en resumen, las normas principales que han de regir la crítica interna de las fuentes.

Síntesis y exposición.—Al propio tiempo que se desarrollan las diversas operaciones críticas, es conveniente, y a veces indispensable, ir anotando sus resultados sobre fichas o papeletas. En efecto, no siempre se puede consultar a cada instante las fuentes de la futura historia. Tal ocurre con los documentos depositados en los archivos, y aun con el material impreso de las bibliotecas donde el historiador no trabaja de ordinario. El sistema de papeletas o fichas permite: 1.°, copiar o extractar metódicamente los pasajes interesantes de cada documento; 2.°, complementar estas notas con cuantas observaciones sugiera la crítica; 3.°, ordenar por materias o autores el botín documental recogido. Así se tienen sobre una misma hoja de papel todos los datos referentes a un

(1) Sobre el interesado silencio de la mala Historia, algo pudiéramos decir los españoles. Nuestro Gran Capitán, el restaurador del arte de la guerra, es casi desconocido en el extranjero; cuando más, se le equipara con los mediocres caudillos del Renacimiento. El Duque de Alba no es el vencedor de Mühlberg y de Alcántara, sino el tirano de Flandes. Los historiadores ultramontanos de nuestra colonización americana sólo crueldades mencionan, sin aludir siquiera, en general, a nuestras humanísimas leyes de Indias.. ..

cierto punto. Y reuniendo las papeletas en el orden que en cada momento convenga se facilita en mucho la labor de exposición histórica (1).

La síntesis histórica es la operación subsiguiente al análisis crítico. Es la reproducción mental de los hechos, a base de la documentación fidedigna, y su integración en un edificio en el que cada material ocupe su lugar apropiado. Hay que imaginar e interpretar los fenómenos; hay que formar con ellos un conjunto vertebrado y objetivo, fuertemente trabado por relaciones causales o condicionales. Comprende, pues, dos fases diferentes. En ellas el historiador militar se auxilia, en gran modo, de sus conocimientos técnicos, y necesita dirigir su voluntad límpidamente, rígidamente, obstinadamente, al descubrimiento de la realidad escueta, cualquiera que fuere. Habrá de combatir contra el humano prurito de la generalización apresurada, contra la deducción desmedida, tal vez contra sus propios prejuicios. Sólo el amor ardiente de la verdad podrá llevarle a buen puerto. Ha de apoyar en pruebas toda afirmación. Ha de saber dudar y dejar indecisas las cuestiones obscuras, que ello es preferible a la arbitrariedad en las aseveraciones.

Por último, el historiador pasa a exteriorizar su elaboración sintética de los acontecimientos, emprende la *exposición histórica*. La naturaleza misma del asunto le sugerirá el plan expositivo más adecuado, de manera que el todo y las partes armonicen y mutuamente se esclarezcan. En el estilo y en el lenguaje ha de prevalecer, dentro de la corrección, la diafanidad sobre las galas retóricas.

---

(1) He aquí una muestra de ficha:

Batalla de Tannenberg. **Campo alemán.** **Ludendorff.**

(Génesis de la batalla.)
«Souvenirs de Guerre (1914-1918)»
Traducción francesa (¿Buat?). Payot. París. 1920
Páginas 67 y 68.

Expone cómo se formó, en el pensamiento del Mando Alemán, la idea directriz de la batalla.
Sinceridad y exactitud aceptables.
Cotéjese con la ficha Hindenburg, mismo asunto.

En esta papeleta no se extracta el pasaje, por suponerse que el historiador tiene a mano la obra de Ludendorff.

La Historia no debe perseguir otra belleza que la que nace de la verdad. Más que en género literario alguno, es en ella exacta la norma de Boilean: «Sólo es bello lo verdadero; sólo lo verdadero es amable» (1).

Al narrar los hechos, es preciso que el historiador aporte sus pruebas mediante las correspondientes citas de las fuentes que basen su relato. Y esto no por un anhelo ridículo de exhibir erudición, sino simplemente para cimentar con solidez lo escrito. La abundancia de referencias—aparte ser una muestra de respeto a los lectores—confiere a la obra cualidades positivas, y permite verificar, en todo momento, su contenido.

Ocioso es añadir que el carácter de la Historia Militar moderna exige, como complemento de la labor expositiva, el inferir de la realidad reconstruída las enseñanzas de orden marcial que lógicamente proporcione. Toda prudencia y mesura serán escasas aquí. Y no estaría demás que, a lo largo de su trabajo, el historiador diferenciase, bien a las claras, sus apreciaciones personales de la parte puramente histórica.

*
* *

Al dar fin a estos apuntes, me asalta, Sres. Académicos, el temor de haber privado de atractivo a un asunto, a mi juicio, interesante.

Sírvame de disculpa mi buena voluntad.

(1) No tratamos—¡herejía literaria!—de repudiar la expresión artística. Creemos haberlo puesto ya de relieve (capítulo primero). Queremos decir que cuando la expresión exacta entre en conflicto con la expresión formalmente bella, la primera debe prevalecer.